

cia de los Estados Unidos y en pugna con la hegemonía económica inglesa en aquellas tierras. La modernización es contradictoria, pues se suicida el príncipe Rodolfo de Habsburgo, en un episodio del que abusará el folletín, pero que tiene que ver con su talante liberal y progresista. La integración europea se ve acompañada, como en nuestros días, por la aparición de los pequeños nacionalismos y así se funda el movimiento celta en Inglaterra, vinculado a la independencia de Irlanda.

La cuestión social preocupa a los intelectuales y se dan a la imprenta los *Ensayos fabianos sobre el socialismo* de George Bernard Shaw, los artículos de George Gissin sobre la miseria del proletariado londinense (*The Nether World*), las *Memorias de un revolucionario* del príncipe ruso y pensador anarquista Pedro Kropotkin, y *El socialismo en Inglaterra* de Sidney Webb.

Una ola de huelgas sacude Europa mientras se instala en Viena, Stuart Chamberlain, ideólogo del racismo y se publica, en Rusia, *Tiniebla egipcia*, novela antijudía de Victor Petrovich Kliuchnikov.

El futurismo asoma en novelas de anticipación como *Freiland* de Theodor Horzka y *El gran sindicato de la guerra* de Stockton. Un belicoso nacionalismo alemán anuncia lo que vendrá en textos como *Guillermo II y la joven generación* de Hermann Conradi y *Llamado a los alemanes* de Michael Georg Conrad.

Hermann Schell intenta renovar el pensamiento católico con su *Dogmática* y Alfred Stevens considera cerrado un siglo en el cuadro panorámico que pinta para la Exposición parisina. El artista de la época se manifiesta en Gauguin, que se pinta a sí mismo con una aureola de santo y pone su cara en el Cristo de su *Monte de los olivos*. Nadie entiende a van Gogh cuando muestra su *Hombre con una oreja cortada*. En cambio se abre la exitosa carrera de Richard Strauss con el estreno de *Muerte y transfiguración*, poema sinfónico sobre el ciclo de la vida humana. La ópera, arte del siglo, no tiene un año brillante. Los dos grandes dioses están ausentes: Wagner, muerto, y Verdi, retirado hasta su vejez, en que volverá con ímpetu juvenil y genial. Massenet compone una pálida *Esclarmonde* para la Exposición y Dvorak recuerda la Revolución Francesa con *El jacobino*. El joven Puccini estrena *Elgar*, todavía impersonal y wagnerizante.

El escritor de la Inglaterra imperial, Rudyard Kipling, publica *El libro de la jungla*, con su peculiar síntesis de soberbia colonialista y fascinación por las viejas civilizaciones indias. Guyau anuncia el sociologismo en la crítica con *El arte desde el punto de vista sociológico*.

La industria adquiere algunos logros e instituciones que nos marcarán decisivamente. Estamos en plena era de la electricidad y de las multinacionales: se funda la General Electric. En Nueva York se construye el primer rascacielos (el hermano ultramarino de la Torre). Edison inventa un aparato cinematográfico, el fonógrafo y el cilindro para imprimir sonidos. Por su parte, Eastman, que en 1884 ha inventado el rollo fotográfico, da a conocer la primera película de celuloide, que dará lugar a los primeros filmes en 1893 y 1895. Chardonnet, la seda artificial. Isaac Peral, un español con dificultades, el submarino perfeccionado.

Las conmemoraciones del 89 tienen un eco fundamental. La Revolución Francesa ocurre casi un siglo exacto después que la Inglesa (1688) y a cien años del ciclo de escritos de John Locke sobre la tolerancia y el gobierno civil, que son la base doctrinaria del

Estado liberal: un Estado fundado en un libre contrato de los individuos que poseen autonomía y propiedad, hecho para proteger los derechos naturales de los sujetos, que son anteriores al Estado mismo e inviolables por él, y montado sobre un sistema de división de los poderes, que integran una estructura de pesos y contrapesos para evitar que cada uno se exceda en sus atribuciones. Constitución y código de libertades públicas y derechos individuales son su contenido mínimo obligatorio. Doscientos años parecieron necesarios para que la doctrina de Locke, surgida de la necesidad de racionalizar la primera revolución burguesa triunfante en Europa, se generalizara en el continente y fuera tomada como modelo para la organización política de las naciones que se van integrando al capitalismo de mercado mundial. Pero la encrucijada en que empiezan estos cien años genera las más violentas respuestas doctrinales, que lo serán, luego, militantes, contra esta realidad que parece, de momento, dominadora.

#### 4

El 20 de abril, en una población de Alta Austria, Braunau sobre el Inn, nace Adolf Hitler. La Revolución Francesa no podía festejar mejor su centenario que dejando a la historia engendrar su más radical enemigo y uno de los mayores fóbicos de la misma Francia. Entre 1907 y 1913, Hitler elaborará, en Viena (caldera del diablo centroeuropea donde todo cuece, el nazismo incluido) su *Weltanschauung*, su intuición del mundo. El político de programa y el pragmático se unen en ella sobre una base de granítico fanatismo.

Es la intuición cósmica que falta en la política alemana de preguerra. Es cristiana y popular, en oposición a las formuladas por el judaísmo, el marxismo y el internacionalismo. Una utopía analítica que sustituye a los dioses que Nietzsche ha decretado muertos, en que todas las contradicciones se concilian en la figura del conductor, el *Führer*.

El líder tiene su novela familiar. Extranjero pero germánico, tal vez de ancestros judíos pero antisemita, es un profeta que, en sus comienzos, como corresponde, sólo entienden unos pocos. Por fin, las masas lo reconocerán, cuando adviertan en él la encarnación del espíritu popular profundo, es decir: nocturno y abisal. Hermann Rauschning definirá, en 1938, durante los años triunfales de Hitler, el nacional-socialismo como una revolución sin doctrina, un nihilismo cuyo único fin es la subversión total de los elementos que constituyen el orden. Una exaltación del dominio puro, que se legitima a sí mismo en la prueba suprema de la dominación. El manejo que Hitler hará de una guerra que pudo ganar y en la que resultó destruida Alemania y autodestruido el propio nazismo, parecen la prueba empírica de este delirio del caos científicamente instrumentado, suerte de danza dionisiaca nietzscheana bailada por un ballet provincial.

El nazismo es pura dominación sin contenido. Su antijudaísmo apenas resulta el mínimo concreto que hace falta para visualizarlo, convirtiendo al enemigo invisible en visible. Ya Harold Laski explicó que Hitler sólo valora realmente el poder y que actúa con absoluto oportunismo, montando una máquina de guerra que procura aterrorizar a todos, adversarios y adherentes, de modo que observen la misma conducta, con abs-

tracción de sus convicciones, que desaparecen en la nada del terror, como el resto de los elementos del orden.

Edgar Alexander habla de un nuevo mahometismo fundado en el odio. Georg Lukács, de una síntesis entre imperialismo alemán y técnicas de publicidad norteamericanas. No hay verdad ninguna en él; la llamada, por los nazis, «verdad eterna», es una abstracción que se identifica con las leyes de la naturaleza, que se explicitan en la victoria del más fuerte.

Frente a las ideologías burguesas, que son parciales y, finalmente, relativas (esto se institucionaliza en el sistema electoral y el parlamento) Hitler propone un nuevo absolutismo: querer todo o querer nada. Tal vez, como conjetura Borges en su *Deutsches Requiem*, quiere su propia aniquilación, en una pura acción tanática. Dominar el mundo y, si ello es imposible, destruirlo.

Todo esto no impide a los «ideólogos» del nazismo (contradicción en los términos) invocar como fuentes a Darwin, Gobineau, Fichte, etc., tal como hacen Alfred Rosenberg, Gottfried Feder y otros.

Ciertos autores, como Walter Görlitz y Herbert Quint, prefieren pensar que el nazismo no existe como cuerpo de doctrina, que es puro y simple hitlerismo. Cabe pensar entonces qué habría sido de Alemania sin Hitler. Tal vez, la astucia de la historia lo habría creado con otro nombre y bajo un aspecto más acorde con los héroes atléticos, rubios y armoniosos que decía venerar.

Los presupuestos doctrinarios que derivan de una base teórica tan elemental son bastante simples. Ante todo, la concepción nazi de la política: un combate de fuerzas naturales (nietzscheísmo vulgar) cuya única norma es la ley de la jungla. Luego, el Estado alemán: la reunión de todos los alemanes en torno a sus elementos raciales originarios. El nazismo no es, como la civilización burguesa o la revolución socialista, un resultado de la historia, sino su negación (en esto se toca con el otro nihilismo, el libertario). Unidos en lo interno, los alemanes se lanzan a la conquista del mundo exterior, conducidos por el líder, en cuyas manos el Estado totalitario y el partido único son meros instrumentos. El conductor es omnímodo e inocente a la vez, pues no responde ante organismos políticos por la buena o mala aplicación de la inexistente doctrina.

La historia es una dinámica en forma de ciclo, en que los pueblos se enfrentan dominados por instintos autónomos, los cuales pueden ser bien o mal orientados por el líder. Como los animales, el hombre es inmodificable. Lo mueven el amor y el hambre; fuerzas primordiales que producen y reproducen la vida. Organizado en pueblo, el conjunto busca y ocupa su espacio vital.

En contra del humanismo burgués, Hitler concibe la naturaleza, única realidad humana, como creadora de desigualdades, algo esencialmente aristocrático. Su economía consiste, simplemente, en que el fuerte domina al débil y lo somete a sus necesidades, o lo elimina, mejorando la especie por la selección de los mejores (los más dominantes). Por ello, el estado natural del hombre es la guerra. Queda aquí poco espacio para la política, el arte de cultivar los valores de la raza e incorporar sujetos al partido único. Su fin no es el gobierno de las mayorías, sino de los mejores exponentes de la raza, hasta ungir como líder al héroe y al militar que conduzca al frente interno contra los enemigos externos.